



# Acercamientos naturales

José Luis Argüelles



José Luis Argüelles

# ACERCAMIENTOS NATURALES

(Una galería de creadores asturianos)



Primera edición: abril 2025

© José Luis Argüelles Argüelles

© IMPRONTA

Cura Sama, 8, 4.º – 33202 GIJÓN / XIXÓN

[info@improntaeditorial.com](mailto:info@improntaeditorial.com)

[improntaeditorial.com](http://improntaeditorial.com)

Tfno. 985 09 83 42

Diseño, cubierta y compaginación: Marina Lobo

ISBN 979-13-990062-4-7

DL AS 00624-2025

Producción: Gráficas Summa

## NO TODO ESTÁ PERDIDO

**H**e disfrutado mucho con algunos libros de hechura miscelánea e inopinada composición, páginas que nacieron de circunstancias disímiles, con diferente destino, y que el tiempo reúne —hojas volanderas que de pronto hacen bandada— por la gracia de alguna piadosa editorial y la confianza en que algunos de los asuntos ventilados en esas líneas pueden ser del interés de los lectores. Textos, en fin, de varia lección que se escribieron para el periódico, la revista, la necrología de urgencia, la presentación de algún autor admirado o como mera invitación a una muestra de arte. Y sin que, en el momento de su redacción, el autor de esos renglones llegara a vislumbrar siquiera el día en que los juntaría —encuadernados y cosidos— bajo un título unitario. Materiales de hemeroteca rescatados del olvido y volúmenes para el picoteo, que nos llevan de un capítulo a otro (de este platillo a aquel de más allá) en busca de la variedad y la ligereza.

*Acercamientos naturales* —el libro que usted, avisado lector, tiene en sus manos— se inscribe en esa tradición heterogénea. Una línea de escritura que arrastra la consideración, si quieren, de género menor, de bocado para

paladares que se recrean en las menudencias, aunque si voy a la séptima acepción que el Diccionario da a la palabra platillo casi me vengo arriba: «Extraordinario que comían los religiosos en sus comunidades los días festivos». Bueno, dejémoslo en que es un cajón de sastre —ameno, esperemos— en el que caben la reseña y el retrato, el artículo de opinión o la nota biográfica. En definitiva, los trabajos de los días de un jornalero de la pluma, o sea, de un *plumilla*, como dicen los siempre ocurrentes fotógrafos de la prensa, que ha escrito de mil y una cosas durante sus muchos trienios como periodista. También de asuntos que le gustan: la poesía, la novela, el arte, el cine... No todo fueron crímenes, politiquerías, reconversiones mineras o crónicas espesas y municipales.

Esta colección de prosas dispares, que ve la luz por la generosidad y empeño de los capitanes de Impronta, Marina Lobo y Carlos González Espina, es una suma de colaboraciones periodísticas que fueron publicándose aquí y allá (muchas en *La Nueva España*, el diario en el que trabajé treinta y un años, pero también en otros medios asturianos) desde 2007 hasta 2023. Nada sustancial he cambiado en esas letras, ni siquiera en aquellas que se escribieron para presentar una conferencia, un libro o una exposición. Cada uno de los textos lleva al final el año de su redacción para que el lector pueda hacerse una idea de las referencias temporales. Y *Acercamientos naturales* es, asimismo, una modesta aproximación al vibrante panorama cultural

asturiano del último cuarto de siglo a través de algunos de sus protagonistas más relevantes. Es evidente que no están todos los que son, ni mucho menos, pero ninguno de los que aquí se habla resulta prescindible. Por resumir: propone algunas calas en esa excelencia.

Hace ocho años publiqué un largo reportaje para tratar de demostrar una teoría que aún defiendo con pasión: la larga y (para algunos) cronificada crisis de Asturias (demográfica, económica, de liderazgo social y por ahí seguido) tiene una excepción en la creación cultural. De la poesía al cine, del cómic a la fotografía, son muchos los autores con una obra sobresaliente, entre lo mejor que hoy se hace en España. De estas cosas se habla más bien poco, pero es un hecho relevante si tenemos en cuenta que nuestra comunidad supera por muy poco el millón de habitantes y que solemos desayunar, cada día, taza y media de pesimismo. Muchos de esos creadores, junto a otros de generaciones anteriores, son el eje de estas páginas. Me doy por satisfecho si logro que ustedes piensen, aunque sea por un instante, que no todo está perdido.

J. L. A.

*Gijón, mayo de 2024*



ÁNGEL GONZÁLEZ:  
COMPROMISO Y PERSONAJE

**M**edimos a los poetas por lo que sus versos influyen en nosotros, por la capacidad de su obra para provocar en los lectores un sentimiento de adhesión y recreación emotiva, por su poder para transformar la lengua de todos en un nuevo territorio verbal que sea a la vez patrimonio colectivo y voz singular. Más allá de esta sencilla verdad solo hay retórica, aunque a veces se disfrace con el ropaje del elogio heredado, del tópico asumido sin perspectiva crítica o del repetido lugar común que llena de inútil hojarasca muchas historias de la literatura. Poeta es, en fin, aquel cuyas palabras son respetadas por el tiempo, como bien supo Antonio Machado.

Es significativo el título que Ángel González (Oviedo 1925, Madrid 2008) eligió para su poesía completa: *Palabra sobre palabra*. Una obra que se presenta con una inusual coherencia estilística y temática desde su primero libro, *Áspero mundo* (1956), con el que obtuvo un accésit del premio Adonáis, hasta *Otoños y otras luces* (2001), volumen con el que cierra una de las trayectorias líricas insoslayables de las letras españolas del siglo xx. Algunos de los textos de *Sin esperanza, con*

*convencimiento, Grado elemental, Tratado de Urbanismo o Deixis en fantasma* forman ya parte de esa antología personal que confecciona, con la ayuda de la memoria y el gusto propios, cada buen lector de poesía. La prueba es que son muchas las personas a las que he oído recitar sin referencia escrita delante, a lo largo de los años y por un motivo u otro, versos del autor asturiano.

Pero hablaba de coherencia, es decir, de la relación con sentido que tienen los distintos tramos de la escritura de Ángel González. No sé con certeza si eso es bueno o malo para un poeta. Hay críticos que ponen con rapidez bajo el escalpelo de la sospecha cualquier signo de repetición, la insistencia en ciertas marcas de estilo, y hacen sonar sin más reflexión la campana de la acusación de agotamiento. Creo, sin embargo, que los poetas verdaderamente imprescindibles son aquellos capaces de mantener la fidelidad a una voz que pueden enriquecer con matices, adquisiciones o subrayados, pero que conserva la calidad de su timbre sin dejarse distraer por otros ecos. En el endecasílabo «Para que yo me llame Ángel González», verso de uno de los poemas más conocidos de *Áspero mundo*, ya tenemos al crepuscular autor de «El otoño se acerca con muy poco ruido», una de las composiciones de su último libro. Es un hilo continuo (palabra sobre palabra) de vocablos sencillos y exactos que huyen de la falsa elocuencia del verso ampuloso que tanto ha gustado en España. Y en el que son constantes el tono propio de la conversación, cierta gravedad que en muchos otros

## LA PASIÓN RENACENTISTA DE CHUS QUIRÓS

Hemos dicho ya otras veces que la noche asturiana, en su acepción moderna, es decir, como oasis de copas, música y encuentros, se inventó en Mieres del Camín cuando Chus Quirós empezó a hacer lo que más le gustaba: recrear los espacios para concederles una cariñosa e inteligente singularidad sin las que los nocherniegos de entonces, y aun los de ahora, nos hubiéramos sentido mucho más desamparados e infelices.

Quienes hemos crecido sentimentalmente en excepcionales barras en las que se combinaban los más variados saberes, como cócteles perfectos pero irrepetibles, tenemos a este inventor de entrañables lugares por un genio raro que contribuyó de forma decisiva a hacer de nuestras francachelas algo así como ritos memorables. No es poco y nunca se lo agradeceremos bastante.

¿Diseñador, decorador? Son solo palabras para salir del paso, porque en la mayoría de las propuestas de Chus Quirós está la pasión renacentista de quien vuelve a descubrir que el hombre es la medida de todas las cosas y que el bar puede ser, también, ágora y foro en

los que hablar o callar, coliseo y teatro en los que decimos nuestro papel o en el que vemos cómo los demás se arreglan con el suyo; el centro del mundo, vaya, por unas pocas monedas. Esa magnífica intuición le venía, supongo yo ahora, de su formación filosófica, pero también de un refinado sentido de la estética. La madera, un bronce o unos simples clavos eran en sus manos como dioses a punto de nacer.

Nos enseñó, repito, que la noche no es solo una esquina inhóspita junto a un cenicero frío. Si tuviera que elegir, me quedaría con el viejo El Gatopardo, una de sus obras mierenses. Chus Quirós aprovechó muchos materiales del demolido convento de su villa natal para levantar aquel nuevo e insólito templo en la Asturias del tardofranquismo. En pocos sitios amanecía uno tan a gusto como sentado en sus taburetes rojos.

(2007)

ORLANDO PELAYO:  
UN SENTIMIENTO ESPAÑOL

El exiliado, sea a la fuerza o por libre elección, tiene siempre un punto de vista sobre el país o la tierra que abandona. Y no es infrecuente que, desde ese ángulo generalmente conflictivo, construya un discurso en el que asoman por igual la crítica o el reproche junto con la nostalgia y el amor por lo perdido. Luis Cernuda, otro republicano expatriado, expresó certeramente esos sentimientos pugnantes en su «Díptico español», uno de los poemas de *Desolación de la quimera*: «Es lástima que fuera mi tierra», titula la primera de esas dos composiciones, mientras que opta por encabezar la segunda con un explícito «Bien está que fuera tu tierra». Y Juan Goytisolo afirma a propósito de José María Blanco White, uno de los más coherentes ejemplos de exiliado español del siglo XIX, que esa melancolía del transterrado toma la forma de un enfrentamiento con una historia que debe cuestionar para poder conducir el propio destino «en oposición a aquella».

En Orlando Pelayo, posiblemente el artista asturiano de mayor irradiación internacional de la segunda mitad del siglo XX, confluyen mechados algunos de esos sentimientos. Y de tan lúcida manera, que es

imposible comprender cabalmente buena parte de su obra plástica sin tener en cuenta esa condición de español exiliado que busca en su pasado cultural y en las geografías de su recuerdo una explicación a lo que es. De acuerdo, el rigor formal, la belleza y la variada imaginación de su pintura acreditan su valía como creador sin que precisemos del hilo biográfico, pero si prescindimos de su peripecia vital de expatriado posiblemente no entendamos en toda su complejidad la operación estética que ha hecho posible esa obra. Llegó a decir: «Pintando mis fantasmas, intento saber quién soy». Fue uno de los artistas españoles más destacados de la Escuela de París. Y Francia, territorio de acogida, no solo le concedió importantes galardones, como el Gran Premio Otón Friesz o el Jeckel, sino que también le otorgó la Orden de las Artes y las Letras.

Nacido en Gijón en 1920, hijo de Vicente Pelayo González, un albaceteño de Alcalá del Júcar, y de la gijonesa Honoria Sofía Entrialgo Morís, creció entre Monesterio, en Badajoz, y Villarrobledo, la tierra de su padre, a la que el pintor llegó con once años. Esos paisajes dejarían un profundo rastro en su retina. La familia, itinerante según los destinos de don Vicente, que había estudiado en la Escuela Normal de Oviedo, la completaban otros cuatro hermanos: Gonzalo, Vicente, Óscar y Paz. Orlando Pelayo fue un niño lector que aprovechó a fondo la surtida biblioteca de su padre y que se aficionó pronto al arte gracias a la caja de pin-

## CAMBIO DE GUARDIA EN LA POESÍA ASTURIANA: *LA PRUEBA DEL ONCE*

**L**a poesía ha contribuido, como ningún otro género, a sacar a la literatura en lengua asturiana del cajón de los fósiles retóricos en que estuvo metida hasta mediados de los años setenta, más o menos, cuando Conceyu Bable inicia sus reivindicaciones culturales y sociales. El panorama hasta entonces era más bien desolador, excepción hecha de media docena de autores, y tan evidente su desconexión con las corrientes estéticas contemporáneas que hoy casi nos parece un milagro lo que ha ocurrido en estas últimas cuatro décadas. Asturias tiene por fin poetas buenos, regulares y malos, como sucede en todas partes, y no solo bienintencionados marcianos que riman la letanía de las esquilas por los prados sin conflictos de una improbable Arcadia.

Resultan por eso un poco sorprendentes las palabras con que Antón García, uno de los nombres fundamentales de ese período áureo al que llamamos Surdimientu, justifica su antología *La prueba del once*, subtitulada «Poesía asturiana del sieglu XXI» y editada por Saltadera, el sello de muy hermosas y oportunas publicaciones que él mismo dirige. Seguidor atento de

todo lo que ocurre en el panorama cultural asturiano, como saben los lectores, afirma que el volumen nace «contra la derrota» y la sensación de abatimiento que periódicamente parece instalarse en la literatura asturiana. Chocantes si pensamos en las conquistas formales de esa poesía que nació casi desde la intemperie misma, pero razonables por cuanto traducen un estado de ánimo: los escritores en asturiano siguen en los extrarradios del sistema literario español, expresándose en una lengua que carece de estatuto oficial.

De ahí la necesidad de *La prueba del once*, título que el antólogo calca del conocido artificio de verificación matemática y que recuerda al que Antonio Ortega dio a su interesante volumen *La prueba del nueve*, de 1994. En este último se mostraba la existencia de un grupo de poetas notables (de Olvido García Valdés a Vicente Valero, pasando por Jorge Riechmann), alejado del programa estético de la llamada «poesía de la experiencia». Por su parte, Antón García reúne en su selección, hecha desde otra necesidad, a autores nacidos entre 1980 y 1993 que han quedado por distintas razones (alguno ni siquiera ha publicado libro en asturiano) fuera de los recuentos dados a la estampa hasta ahora. Los elegidos son: Henrique G. Facuriella, Alejandra Sirvent, Pablo X. Suárez, Iván Cuevas, Carlos Suari, Laura Marcos, Sofía Castañón, Rubén d'Areñes, Sergio Gutiérrez Camblor, María García y Xaime Martínez. Aunque nacida en 1980, prescinde de Vanessa Gutiérrez —la voz más consolidada de esta generación— al considerar que su

LA NUEVA POESÍA ASTURIANA  
(EN CASTELLANO): *SIETE MUNDOS*

Pensaba estos días, dándole vueltas a *Siete mundos. Selección de nueva poesía*, el trabajo que tan cuidadosamente Pablo Núñez y Carlos Iglesias han preparado para la editorial Impronta, que, pese a los muchos detractores que tienen este tipo de obras (autores que, generalmente, no salen en ellas, todo hay que decirlo), no hay manera de prescindir de las antologías. Uno podría llevarse una bien seleccionada decena de estos volúmenes a una isla desierta y asegurarse para el resto de sus días un más o menos exacto florilegio de la mejor poesía española de todos los tiempos, por no salirnos de nuestra literatura. Aun en las peores y más descabaladas selecciones de este tipo (y un par de ellas se citan en el libro que aquí comentamos), podemos encontrar alguna página grata que nos compense por el dinero invertido en el libro y por el tiempo empleado en su lectura. Soy un firme defensor de las antologías. Veo en ellas, cuando están bien traídas, útiles brújulas con las que orientarnos como lectores entre la mucha hojarasca pasada, presente y por llegar.

Una antología es una suerte de aventura literaria

en la que una o más personas nos proponen embarcarnos en un viaje bajo un pretexto razonable y con una compañía que podemos conocer o no, depende, pero de la que esperamos algo interesante. La variedad de propuestas puede resultar abrumadora. Las que me interesan suelen estar razonadamente justificadas y deben colmar una expectativa aún sin cubrir. *Siete mundos* responde de manera satisfactoria a ese planteamiento. Pablo Núñez y Carlos Iglesias han querido ver qué pasa en la nueva poesía que se escribe en castellano en Asturias y «llamar la atención», son palabras suyas, sobre siete autores nacidos después del 1 de enero de 1984 y con obra publicada antes del 30 de junio de 2015.

Los poetas seleccionados son por orden de edad: Laura Casielles, Alba González Sanz, Rodrigo Olay, Diego Álvarez Miguel, Sara Torres, Raquel F. Menéndez y Xaime Martínez. Entre la mayor, Casielles, y el más joven, Martínez, siete años de diferencia. Aunque los antólogos defienden en su cala (así lo hace Pablo Núñez en el interesante trabajo con el que abrocha el libro, «Los poetas en las antologías: una panorámica contemporánea») el deseo de no ofrecer un «planteamiento generacional», optan en última instancia por no seleccionar a ningún autor nacido antes de 1984 ni después de 1998. Es decir, se decantan por incluir poetas que podrían tener hoy entre 31 y 17 años. Se quiera o no, esta acotación temporal condice con la periodización general formulada por Julián Marías en

## BOUSOÑO Y LA CASA DE LA INCERTIDUMBRE

**A**l escritor Carlos Bousoño, asturiano de Boal que falleció el pasado sábado en Madrid a los 92 años, no le faltaron reconocimientos durante su larga vida. Obtuvo algunos de los grandes galardones con que se suelen reconocer la excelencia literaria y la labor intelectual: del premio de la Crítica, al Nacional de Poesía y Ensayo, el Nacional de las Letras y el Príncipe de Asturias. Y, sin embargo, pese al innegable interés y calidad de su obra lírica, que él mismo acotó en dos grandes etapas muy distintas entre sí en cuanto a su formulación estilística, su influjo como poeta ha sido mucho menor del que ha tenido como teórico y ensayista dedicado a esclarecer qué es esa materia verbal a la que llamamos poesía, a dilucidar sus procedimientos.

Bousoño reunió sus poesías completas en 1998 bajo el título de un poemario que había publicado ya en 1946, *Primavera de la muerte*. Una noción atravesada de opuestos que no se excluyen, como otra muy de su gusto, la de «la nada siendo». Fueron formuladas o explicadas por él mismo y son nucleares en una obra de filiación existencialista, metafísica, en la que los temas principales son la angustia («hice de la angustia

mi casa») y la celebración de la vida como proyecto en marcha. Pero en aquella fecha (había publicado *Metáfora del desafuero* en 1988 y *El ojo de la aguja* en 1993), Bousño era ya más una figura respetada por sus muy sugestivos estudios y planteamientos —de *Teoría de la expresión poética* a *El irracionalismo poético (El Símbolo)* o *Superrealismo poético y simbolización*— que un poeta influyente en las mutaciones y polémicas que vivió la poesía española posterior a la muerte de Franco, en 1975. Sus dos libros más importantes y personales son, precisamente, de unos años antes: *Oda en la ceniza*, de 1967, y *Las monedas contra la losa*, de 1973.

Si el teórico y ensayista es aún una referencia para los interesados en los estudios de poética (René Wellek llegó a referirse a Bousño como el autor que más le interesaba en Europa), el poeta ha tenido muy distinta suerte y no ha gozado del mismo apoyo de lectores y críticos que autores como José Hierro o Blas de Otero, por no hablar de los de la llamada Generación del 50, de Jaime Gil de Biedma a Claudio Rodríguez, pasando por José Ángel Valente o el también asturiano Ángel González. Mi opinión es que la poesía de Bousño, de gran altura en muchos pasajes, ha permanecido en una tierra de nadie, propia y singular. Su voluntario alejamiento de las corrientes líricas más seguidas a lo largo de los últimos tres cuartos de siglo, excepción hecha de los versos de cuño religioso que escribió en los años de posguerra (*Subida al amor*, por

JUAN IGNACIO GONZÁLEZ,  
CUANDO ENERO

Todos los libros de poemas tienen siempre algo de asombrosa confirmación: la poesía continúa con su feliz agonía desde hace más de dos mil años, como nos recordaba anteayer el gran escritor rumano Mircea Cartarescu, de visita en España para presentar la traducción de ese clásico de la literatura europea contemporánea que es *El Levante*. La mayoría de los editores no quieren saber nada con los poetas y les recomiendan que escriban novelas o historias para niños y adolescentes, que venden mucho; rara es la librería que tiene una buena sección de poesía y, pásmense, hasta en los llamados «suplementos» de literatura que editan los periódicos —ese último baluarte de la civilización— hay un creciente arrinconamiento de las publicaciones que contengan versos. La poesía mueve muy poco dinero, dicen, para justificar su fobia o su mala fe, como si la escritura fuera una inversión en Bolsa y no el maravilloso regalo que la humanidad viene haciéndose a sí misma desde el Neolítico o aun antes, según algunas hipótesis sobre una posible Escritura Lineal Paleolítica. Se escribe, digámoslo ya, no por afán de lucro, sino para comunicar y expresar contenidos más o

menos complejos que queremos preservar del olvido: *verba volant, scripta manent*.

Tiene razón Cartarescu: la poesía tiene una mala salud de hierro, aunque es el género literario que mejor ha soportado el paso de los siglos y las modas. Y es, paradójicamente, el que por su especial relación con el lenguaje da oxígeno al resto de las formas literarias: de la novela a la crónica periodística o el ensayo. Conviene hablar claro: la poesía no da para comer, ni siquiera para desayunar o merendar, como quería el bueno de Aleixandre cuando le dieron el Nobel, pero es la que pone siempre los alimentos más nutritivos —los más vitaminados— en el festín de la lengua.

He dado este rodeo para contarles que el bautismo de un libro de poemas (no otra cosa es su primera presentación pública) debería ser, hecha la descripción del panorama, un acontecimiento feliz. Y más cuando, como es el caso, trae en su portada un esperanzador y bien visible número uno con el que, si entendemos bien, el sello editorial bajo el que aparece este *Cuando enero fue pasto de las llamas* promete otras buenas noticias. Es decir, que César García Santiago, el buen y modesto editor de La Cruz de Grado al que debemos esta excelente entrega de Juan Ignacio González (Nacho González para casi todos) va a seguir publicando libros de poemas con el más que evidente resultado (lo siento, César) de que no se hará millonario, al menos por la vía lírica.

Pero hablemos ya de lo que nos trae aquí, que es el

## ALEJANDRO MIERES: EL ARTISTA Y SHANGRI-LA

Los que saben de arte, de pintura, dirán con irreprochable fundamento que Alejandro Mieres ha desplegado a lo largo de su longeva y fecunda trayectoria un estilo propio a partir de la querencia geométrica y la búsqueda cromática. Y que sus obras se constituyen así en sugestivos símbolos de una rara matemática y de un preciso lirismo. Bien, fin de la cita. Y, siendo todo eso verdad, hay algo en este artista de indesmayable pulsión creadora que escapa a las usuales reducciones académicas que encontramos por ahí en libros, catálogos, críticas de exposiciones y otros consultables textos. A mí, una vez, me contó que él se veía a sí mismo «tan realista o más que Velázquez», sin que por esa expresada y razonada convicción le hayan expulsado del Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca o del madrileño Reina Sofía. Lo que quiero subrayar es que estamos, como ocurre con todos los creadores sustanciales, ante un pintor que trasciende los códigos escolásticos y va mudándose en cada obra sin dejar por ello de ser fiel a sí mismo.

Esa acendrada fidelidad a la vocación que le ha

acompañado desde niño, poco después de que las Hijas de la Caridad de su Astudillo natal le enseñaran a leer, es el venero que le ha permitido trabajar sin desmayo —incluidos los días festivos, como quería Leonardo— hasta una edad en la que otros se entregan a la fatiga de las jornadas repetidas, sin aliciente alguno, ya sofocado el deslumbramiento. Le recuerdo con 85 años cumplidos en la ya desaparecida galería Van Dyck, en Gijón, trajinando infatigable con los cuarenta cuadros —varios de gran tamaño— que había pintado solo unos meses antes. Y la memoriosa conversación de quien hace de la relación con la naturaleza (de nuevo una nota del cuaderno del genio de Vinci) una agradecida e imaginativa plegaria a la tierra y el sol, al río y a la noche primigenia a la que todos vamos regresando. Tituló aquella exposición, de insólito vigor en un octogenario, como si fuera un activista predicador del entendimiento con la base material de lo que somos: *Una propuesta ecologista*.

Hay otras fidelidades en Alejandro Mieres, además de esa indesmayable militancia en la búsqueda de una expresión artística («es la pintura la que me lleva a mí», me confesó en aquella mañana gijonesa de acarreamientos por las dos estancias de Van Dyck). Me refiero a que es un pintor al que le ha importado, y mucho, el compromiso con el arte, pero también con la sociedad a la que dirige un trabajo que llega desde la libertad y que, por eso mismo, solo puede ser entendido y disfrutado plenamente bajo esa condición. De ahí su

## GRAN ANGULAR DE RUBIO CAMÍN

Fallecen los artistas de talento y no es infrecuente que su obra pase por una especie de travesía del desierto que dura, en ocasiones, siglos. No es el caso, al menos por el momento, de la de Joaquín Rubio Camín (1929-2007), el asturiano que podría estar hoy en mayor peana pública, junto a Jorge de Oteiza o Eduardo Chillida, de haber nacido un poco más al Este y no en Gijón. El próximo 28 de diciembre se cumplirán nueve años de la muerte de este creador transfronterizo, sublime sin interrupción, capaz de expresarse con sentido y maestría en diversas disciplinas e impregnando cada material (hierro o mármol, bronce o cobre, aluminio o madera) de un aliento específico, el sello distintivo con que operan los elegidos para esas transmutaciones imprevisibles y necesarias a las que llamamos arte.

Hay quien ha visto a Rubio Camín como un renacentista indesmayable. Y no solo porque lo hacía todo (de la pintura a la escultura, pasando por la fotografía) de manera sobresaliente, sino también por su actitud en el mundo y por la sed de sabiduría. Hablamos de un estado de permanente apertura espiritual que trasciende la mera acumulación de conocimientos. Saber es en realidad empezar a entender todo lo que no sabemos,

pero dando cuenta de esa búsqueda a través de los reveladores desciframientos (un poema, una ley física, una sonata, un dibujo, un teorema, un puente, la Capilla Sixtina...) que nos ofrecen los mejores desde su trabajo sustantivo. El arte, pues, como manifestación de una verdad profunda que cada generación descodifica a su modo. Y también como huella, estilo, marca de la personalidad de cada creador.

A punto de cumplirse los nueve años de la muerte de Rubio Camín, la proteica obra de este ingenio a tiempo completo —tenía algo de patriarca con lentes y la simpatía pronta— no hace más que confirmarnos su descomunal importancia. Es, desde luego, uno de los cinco o seis artistas asturianos más destacados del siglo xx, con un peso propio e insoslayable en la escultura española de la pasada centuria.

De ahí la importancia del flamante *Catálogo razonado de Joaquín Rubio Camín*, que acaba de editar en tres perentorios volúmenes la Fundación María Cristina Masaveu Peterson, bajo la coordinación de María Soledad Álvarez, catedrática de Historia del Arte y Musicología de la Universidad de Oviedo, con trabajos de la doctora Ana Johari Mejía Robledo, y del crítico Ángel Antonio Rodríguez. Estos dos últimos dan cuenta detallada del colosal trabajo que fue capaz de desarrollar el genial vecino de Valdiedíos a lo largo de una vida consagrada al arte como lenguaje y pasión. Si la primera estudia el repertorio bidimensional y tridimensional del autor, el segundo pone el foco sobre las

## EL VUELO CONSCIENTE DE MARISA VALLE ROSO

No hay artista de verdad, si me permiten el pleonismo, que permanezca demasiado tiempo igual a sí mismo. La búsqueda de la raya del horizonte forma parte de su ADN. Pero no hay creación verdaderamente importante, medular, sin una renovada fidelidad a la propia cosmovisión. Donde uno da sus primeros pasos, ahí está el universo entero. De esa tensión permanente entre lo que somos y lo que podemos llegar a ser nacen las creaciones sustanciales (un poema, una música, una canción...), aquellas que nos aportan una emoción y un misterio, la conmoción intelectual y la de la piel, el reconocimiento del abrazo entre belleza y verdad. *Beauty is truth*, dijo Keats.

De ahí la relevante decisión que ha tomado ahora Marisa Valle Roso en su último trabajo. El feliz resultado de esa necesidad de levantar la mirada para otear y crecer es el deslumbrante *Consciente*, un disco donde el título mismo quiere expresar el conocimiento de algo importante: el deseo de aunar diversas tradiciones que forman parte de su acervo sentimental y musical. De esa aleación de intereses (la música tradicional asturiana, claro, pero también la hispanoamericana, la

gallegoportuguesa, el pop o el indie), surge una obra de rara consistencia en la que conviven con acierto grandes canciones, a las que damos la categoría de clásicas, con otras nuevas. Hay que destacar también, en este sentido, la producción de Sebastián Merlín (tiene dos «Grammy» latinos por «Bailar en la cueva», de Jorge Drexler) y Charlie Bautista, que contribuyen además con su calidad como instrumentistas en cada uno de los catorce temas.

Marisa Valle Roso tiene posiblemente la voz de mayor calado lírico que ha dado la asturianada en lo que va de este siglo **xxi**. Nacida en Langreo en 1987, era apenas una adolescente cuando aprendió a cantar tonada con las enseñanzas de Alfredo Canga. Hablamos de uno de esos cantadores que respetan la música, cuidadosos, para los que lo importante no es cantar «al alto la lleva», como se dice en Asturias, sino bien. Una lección que la aventajada discípula no olvida en los escenarios. Los registros de su sutileza vocal son los de las grandes cantadoras que uno escuchó de niño, cuando la tonada era una manera más de estar entre la gente. Y alumbran, a la vez, una frescura juvenil de quien sabe reinterpretar la tradición. Ha ganado más de treinta concursos de canción asturiana y durante años ha sido seleccionada con todo merecimiento para participar en el Memorial Silvino Argüelles, reservado a los mejores. Quienes tengan alguna duda, escuchen con atención las trece canciones de *De lo fondero l'alma*, donde recupera «Colombiana», la joya de Orestes

## EL REGRESO DE JOSÉ AVELLO

El pasado 17 de febrero se cumplieron tres años de la muerte de José Avello (Cangas del Narcea, 1943-Madrid, 2015), extraordinario escritor al que estamos obligados a volver por ser el autor de una de las obras importantes de la narrativa española de los años que llevamos de siglo. La ambición constructiva, estilística y temática de *Jugadores de billar*, rescatada recientemente por la editorial asturiana Trea, obliga a todos (lectores, críticos, estudiosos...) a la reconsideración general de un libro que permanecía descatalogado hace tiempo. Es cierto que esta novela cosechó algunas entusiastas reseñas en el momento de su publicación (salió en 2001, en Alfaguara) y varias distinciones (finalista del Premio Nacional de Narrativa, de la Crítica de Asturias y del Villa de Madrid Ramón Gómez de la Serna). También lo es, sin embargo, que no ha tenido hasta la fecha el reconocimiento que, a mi juicio, merece. Y eso que, clasificada como «obra de culto» —lo mismo se dice de su autor—, estamos ante una novela de infrecuente potencia: tanto por el manejo discursivo de los materiales narrativos, como por la destreza con que se relatan acontecimientos que abarcan medio siglo de historia española. Tengo pocas

dudas de que terminará por imponerse a la maleza de prejuicios, cegueras e intereses bastardos que colonizan nuestro sistema literario.

Tres años después del fallecimiento de Avello, como digo, nos llega esta reedición de *Jugadores de billar*, novela de la que se ha subrayado con razón que puede leerse como una singular continuación del *Clarín* de *La Regenta*. Y no solo porque el meollo del relato se sitúe en Oviedo (algún pasaje transcurre también en Gijón y Madrid), sino porque el autor retoma la tradición decimonónica de la gran novela que pone el foco en la ciudad de provincias —y en algunos de sus moradores— para construir una metáfora universal sobre el presente como insidioso residuo del pasado. El billar, la mesa y esos jugadores son, claro, un símbolo plausible de la existencia: «carambolas sucesivas que ya estaban contenidas en la carambola presente». Avello ha dicho, en unas «memorias» que el periodista Javier Morán recogió y publicó en la edición de *La Nueva España* de los días 3,4 y 5 de abril de 2011, que el «protagonista central» de su obra «es la ciudad de Oviedo». Y que es, también, una suerte de «cierre» de *La subversión de Beti García* (1983), con la que el escritor cangués fue finalista del Premio Nadal.

Isaac Rosa es uno de los narradores actuales que ha elogiado *Jugadores de billar*. «Novela excepcional», ha dicho. Y ha señalado, además, que Avello trata en su obra un tema sospechosamente eludido por la novelística española de los últimos setenta y cinco años: el

## XUAN XOSÉ SÁNCHEZ VICENTE: EL POETA QUE SOBREVIVIÓ A LA POLÍTICA

Lo primero que sorprende al lector de las más de quinientas páginas de *Propia xera*, volumen editado por Saltadera en el que Xuan Xosé Sánchez Vicente (Gijón, 1949) reúne su poesía completa (la fechada entre 1974 y 2018, más algún inédito y una serie de traducciones o versiones de Horacio, Seamus Heaney y Ezra Pound), es la variedad de registros: versos que entroncan con la lírica popular o con el muy rico cancionero asturiano, romances de inspiración histórica, composiciones de índole cívica o social, poemas culturalistas y otros de cuño meditativo o metafísico... Es como si el autor, que tiene como principal eje de su obra a Asturias (sus gentes, sus paisajes, sus circunstancias sociales y políticas), se hubiera fijado a mediados de los años setenta del pasado siglo la ardua tarea de ser casi todos los poetas que él, como buen lector, echaba en falta en la precaria literatura asturiana de aquellas fechas. En buena medida, lo ha logrado.

A estas alturas no deberíamos insistir mucho en lo evidente: Sánchez Vicente es una de las figuras fundamentales del asturianismo cultural y político, quizá la

de mayor relieve si sumamos las muchas facetas que ha cultivado en casi medio siglo de vida pública. Ha sido cofundador de Conceyu Bable, diputado en la Junta General del Principado durante dos legislaturas, líder del PAS, profesor y no sé cuántas cosas más. Tantas que solo cabe asombrarse de su gran capacidad de trabajo. A la vez que ejercía todas esas responsabilidades, ha desarrollado asimismo una amplia dedicación literaria. Ha practicado todos los géneros: novela, cuento, teatro, ensayo, artículos. Miembro de la Academia de la Llingua Asturiana, ha descollado como lexicógrafo con dos diccionarios de referencia.

Hay quien opina que el protagonismo político de Sánchez Vicente (fue transitando desde la socialdemocracia hacia posiciones más próximas al centroderecha) ha difuminado su importancia como escritor; y más aún, como el excelente poeta que es. Un desenfoque sin duda injusto, porque posiblemente la poesía constituya el núcleo principal de sus intereses intelectuales. Quienes no hayan leído nunca la obra lírica del autor gijonés, se sorprenderán favorablemente con muchos de los textos que ofrece *Propia xera*. Y quienes poseen un conocimiento solo parcial de su poesía acabarán por convenir, tras pararse en este volumen, que los seis poemarios aquí reunidos forman uno de los corpus insoslayables del Surdimientu, o sea, de la literatura escrita en asturiano desde *Del aráu a la pluma: antoloxía d'una nueva poesía bable* (1977) hasta la fecha. Un libro que se justifica porque algunos de esos primeros títulos

## PEDRO DE SILVA Y EL COMEDOR DE PIPAS

Pedro de Silva (Gijón, 1945) ofrece un excelente ejemplo del político que ha sabido apartarse de la primera línea de representación institucional (fue diputado nacional, primero, y presidente de Asturias desde 1983 a 1991 por el PSOE) para dedicarse a su profesión y a su vocación primera: la abogacía y la literatura, respectivamente. Una decisión a la que se ha mantenido fiel hasta ahora mismo. A esos menesteres o mesteres ha añadido, como extensión de su cultivada querencia por la escritura y a una aguda capacidad para el análisis o la observación de la vida y sus pasiones, el comentario periodístico diario en *La Nueva España* y otras cabeceras del Grupo Prensa Ibérica Media. No le han faltado ofertas para volver a la contienda partidista, pero ha preferido enhebrar —libro tras libro— una obra en la que se hace evidente su propensión al tránsito de un género literario a otro y a experimentar incluso, en sus páginas de ficción, con distintos modos narrativos: poesía, ensayo, teatro y novela, sí, y también la narración erótica, la anticipación o el *thriller*.

Fruto de ese arraigado gusto por la experimentación es *La moral del comedor de pipas* (Trea), la novela que acaba de llegar a las librerías. Más de una década

después de su anterior artefacto narrativo, Pedro de Silva vuelve por sus fueros. Y lo hace con una obra en la que intenta una apuesta aún más radical en favor de una historia de riesgo, contada en primera persona. El escritor se sirve de la hibridación de distintas tradiciones literarias o artísticas para proponer —tal y como anuncia el título del libro— una moral que invita a no meter las narices en los asuntos ajenos y a cuidarse de los propios. Pese a la aparente modesta factura de esta proposición, que bebe directamente en las corrientes profundas del refranero español (hay mucha gnómica popular en estas páginas), vemos hoy esta defensa de la vida privada como una propuesta de calado, casi revolucionaria. Y es que las tecnologías de la comunicación han convertido nuestro mundo en un insufrible —ruidoso— patio de vecindad: el panóptico del turbocapitalismo y la galería banal de los que están en la carrera de darse importancia.

El comedor de pipas es un serio aspirante a la vida propia, un guerrero en pro de la máxima que ha heredado de su abuelo, poseedor de un único libro, *El Conde Lucanor*, de Don Juan Manuel, príncipe de Villena: «cada cual se la menea como mejor le sube el jaboncillo». De ahí que Pedro de Silva haya dicho, en una reciente entrevista, que su novela es, entre otras cosas, «antisistema radical». Lo que propone Luca, el personaje principal de la narración y un superviviente periférico, es el rechazo extremo, contundente, de todo intento de amedrentamiento: «Me sentía una persona

## MADURACIÓN DE ÁNGELES CARBAJAL

**H**ay poetas que dan lo mejor de sí mismos aún muy jóvenes: Rimbaud es un caso célebre; Claudio Rodríguez, que conocía al dedillo la obra del genio de Charleville, escribió *Don de la ebriedad*, uno de los títulos fundamentales de la poesía española de la segunda mitad del siglo xx, con apenas dieciocho años. Otros, en cambio, necesitan más tiempo para madurar y encontrar su propia voz en la espesura de los días, a través de la decantación de la experiencia vital. Nacen unos con el duende del que hablaba Lorca, videntes de la rara alquimia que transmuta en oro verbal el usual cobre de las palabras de andar por casa, mientras que los otros van haciéndose alquimistas del lenguaje desde la espera alerta, el estudio, la búsqueda, el rigor de la paciencia; un aprendizaje casi siempre en la penumbra de la soledad.

Ángeles Carbajal (Argüelles, Siero, 1959) pertenece a este segundo grupo. Llena de sabidurías, nos da ahora *Quedar a solas* (Impronta), un volumen de cuarenta y cinco poemas que beben de una fuente de doble caño: el del dolorido sentir, que decía Garcilaso, y el de la celebración de un imperfecto mundo que es, no obstante, amena enciclopedia de maravillas y prodigios

cotidianos. Una de las cualidades de esta autora es que sabe mirar, o sea, que sabe ver en su facetada complejidad las cosas que los demás olvidamos con nuestra rutina ocular. Y de ahí que la maduración de esa mirada, que fue inicialmente la de una pintora deslumbrada, haya hecho de ella una paisajista finísima capaz de darnos un verso como este: «La lluvia dormida en su cendal de niebla».

Esta autora ha hecho de la espera activa, de la búsqueda insatisfecha, el pilar de carga de su actitud poética. Publicó su primer libro con 34 años, *La caligrafía de la distancia*, y esperó casi una década para dar a la estampa el segundo, *La sombra de otros días*, en el que ya sentimos a la poeta que llegará a ser en *Quedar a solas*. Tengo la impresión de que aquel libro de 2002, una colección muy meritoria, pasó injustamente desapercibido. Más allá de algunas marcas generacionales que venían directamente de una cierta línea de la llamada poesía de la experiencia («Salí del hotel, tomé un taxi...»), Ángeles Carbajal dejaba oír una muy personal voz elegíaca que adunaba con observaciones verdaderas, descontaminadas de todo énfasis. En esas páginas había ya una poeta.

Pasaron otros once años hasta la publicación de *En campu abiertu*, un libro con el que su autora obtenía el Premio Teodoro Cuesta del año 2012. Ángeles Carbajal dejaba el castellano por el asturiano. Las viejas palabras familiares como un acercamiento, quizá, desde el lenguaje de la tierra a la propia tierra que ha ido cons-

## ÁLVAREZ VELASCO EN LA VELA DE LOS DÍAS

**F**rancisco Álvarez Velasco (Cimanes del Tejar, 1940) cierra con un espléndido alejandrino el poema «La violencia de las horas», una de las mejores composiciones de su último libro: «Muere mi tiempo fugitivo y estoy velándolo». Resume en este verso, remate de un texto escrito «al modo de César Vallejo» —uno de sus dos maestros evidentes, el otro es Antonio Machado—, las coordenadas líricas de *Tiempo de amor y mar* (Eolas), volumen que su autor publica cumplidos los ochenta años y en el que, asumida la vejez «inaplazable», enfrenta el acabamiento desde las resistencias que enciende la memoria y desde el sentimiento amoroso como pasión compartida; también desde la infinita curiosidad o la piedad hacia «los unos y los otros».

Es el poemario de un resistente a los ultrajes de los años, que acepta la precariedad de su vida y de la nuestra. Y que deja claras sus preferencias al divisar el áspero horizonte marítimo y la declinación de los días: antes que envidiar la dura permanencia de la «piedra», «morir como el adobe», que es aquí un símbolo del humano barro vulnerable y expuesto siempre a las marcas que dejan los elementos. La piedra, según nos ha

enseñado Juan Eduardo Cirlot, es «lo contrario a lo biológico», que sí está sometido «a las leyes del cambio», caso del adobe. Una aceptación, pues, de la decrepitud insoslayable, pero como resultado de una vida respirada.

Álvarez Velasco, que en su juventud leonesa compartió amistad e inquietudes con algunos de los más destacados poetas del grupo Claraboya, como Agustín Delgado (el «entrañable lobo estepario», según palabras de José-Miguel Ullán), es un poeta del tiempo como duración y mudanza, como transcurso que nos hace y deshace: «El tiempo retrocede hacia su origen / y ondulado/ fluye y gira en raudas/ espirales». Pero la suya es una lírica atenta, igualmente, a la época y circunstancias concretas desde la que habla la voz de cada poema. Así, no es casualidad que su primer libro, publicado en 1979 en Taranto, la colección que dirigía Félix Grande, incluyera también la palabra tiempo (*Tiempo de maldición*) en el título, tal y como sucede ahora, más de cuatro décadas después. Y por ahí entra Antonio Machado, otro de sus maestros, según afirmábamos al principio: «El reloj da las cuatro, / y hay una mano pálida / que mueve las cortinas /. (...) Empieza a caminar / lenta la tarde».

Y siempre «contra el miedo», al que llama, en este nuevo poemario, «flor de las tinieblas». Álvarez Velasco parece dar la razón a Borges en una de las siempre fructuosas consideraciones literarias de este. Para el escritor argentino, la gran poesía universal es una larga

## LA CONTIENDA FÍLMICA DE BANDE

El realizador y escritor Ramón Lluís Bande (Gijón, 1972) tiene pocos equivalentes en el panorama cinematográfico español de los últimos años. Así lo han reconocido con sendos premios en festivales como los de Sevilla o Gijón, citas que aún asumen como deber una programación abierta al riesgo estético. Figura esclarecida del llamado Nuevu Cine Asturianu y comprometido desde hace años con un proyecto tan necesario como radical —el relato, a través de imágenes sin purpurina, de las luchas del movimiento obrero de su tierra—, acaba de publicar *Cuaderno de la guerra*. En este volumen reúne buena parte de los materiales que le sirvieron para montar su película *Vaca mugiendo entre ruinas*, estrenada el pasado noviembre en la última edición del mencionado certamen gijonés.

Si el filme es extraordinario, por cuanto su director ha sido capaz de reconstruir los días y las cuitas del preterido Consejo Soberano de Asturias y León durante los meses últimos de la Guerra Civil en Asturias (de enero a octubre de 1937), no lo es menos el libro que reseñamos. Justificamos esta afirmación en el pertinente acopio que su autor/compilador hace de los documentos y testimonios sobre un momento de enor-

me gravedad y de una decisión que incluso el Gobierno republicano cuestionó irritado, como se puede comprobar en los diarios de Manuel Azaña. Y también en la calidad ensayística de las reflexiones que Bande enhebra en estas páginas, redactadas mientras planificaba su película.

*Cuaderno de la guerra* da idea del rigor, la seriedad y la contundencia ideológica del planteamiento de este cineasta empeñado en hacer películas, desde Asturias, con la mayor ambición posible y sin apenas medios económicos. Sigue los modelos de al menos otros dos títulos suyos: *Cuaderno del paisaje*, sobre la guerrilla antifranquista asturiana, y *Cuaderno de la revolución*, que complementa la propuesta de la película *Cantares de una revolución*, ese insólito musical hecho con las canciones de aquel octubre de 1934.

El libro puede leerse, sin duda, como un volumen de historia. Bande ha recolectado con paciencia de investigador de archivos los documentos fundamentales de la formación del Consejo Soberano de Asturias y León, la institución política presidida por Belarmino Tomás que asumió desde Gijón todos los poderes políticos y militares del Frente Norte republicano tras la toma de Santander por los militares facciosos, junto con testimonios de algunos protagonistas de aquellos días aciagos: Javier Bueno, Juan Antonio Cabezas, Rafael Fernández, Amador Fernández, Juan Ambou, Acracio Bartolomé o Santiago Blanco, entre otros. Pero no es menos interesante la meditación estilística,

## UN LUGAR PARA JOSÉ CARLOS DÍAZ

«Musa del Septentrión, melancolía», dice un verso de Amós de Escalante que José Hierro llevó al pórtico de su primer libro, *Tierra sin nosotros*, publicado en 1947. Ese endecasílabo del literato montañés del siglo XIX podría encabezar, asimismo, muchos de los textos de un grupo de poetas asturianos, todos nacidos a finales de los años 50 y principios de los 60 del pasado siglo (la generación que emergió a la vida adulta con la transición española a la democracia), en los que se adunan los tonos de la pesadumbre existencial y el desasosiego moral. Dos de sus características, entre otras. Autores, además, muy identificados con la vivencia del declive demográfico y económico de una tierra que ocupa buena parte del noroeste español. Un grupo sin mayor cohesión como tal hasta la fecha, unido más bien por la amistad y un puñado de títulos que ofrecen rasgos familiares, si se me permite la expresión. Un ejemplo claro de esa tendencia lírica es *Aire de lugar y gente*, que el gijonés José Carlos Díaz (1962) acaba de publicar en Trea, la colección que dirige Álvaro Díaz Huici, y en la que han sido acogidos algunos de los volúmenes de estos poetas fundamentalmente figurati-

vos, aunque abiertos a la renovación discursiva de cuño expresionista.

*Aire de lugar y gente* es el libro de madurez de José Carlos Díaz, quien destaca además como narrador en las premiadas (y poco o nada atendidas por la crítica) *Aunque Blanche no me acompañe* y *Visperas de nada*, dos obras que recomiendo desde estas líneas. Su último poemario continúa, pero desde una voz más adensada, una indagación biográfica que estaba ya en una entrega anterior, la plaquette *Convalecencia en Remior* (Heracles y nosotros, 2015). Escribía allí, por ejemplo: «Sabad que no basta la porfía de la ruina / ni la feracidad de su maleza». Y hacia esos lugares de la memoria y de la vida, rescatados de las devastaciones del tiempo y de la espesura del abandono, dirige ahora su mirada el poeta.

«Labial cartografía de mi infancia / en la que ahora duelo y voy nombrando / los puntos cardinales de una diáspora / obstinada en su saña de vacío», leemos en «Remontando el Navia». Tras el poema exento «Aire de lugar y gente», el volumen se organiza en cinco series que bien podrían ser dos. Me han gustado especialmente muchas de las composiciones agrupadas en «Lugar (y gente)» y en «René, mon père», donde el autor acierta a conjugar despojamiento retórico y hallazgo verbal. Un logro al que llega sin forzar el intenso timbre medido —nada peor que el énfasis cuando se habla de la derrota de los vencidos, de la supervivencia de los humillados y del troquel de

## VIDA DEL CURA DE MIRANDA

**A**cababa de cumplir los 30 años cuando José Manuel Feito llegó como ecónomo a la parroquia avilesina de Miranda. Un destino en el que se emplearía a fondo durante más de medio siglo y en cuya rectoral de la iglesia de Santo Domingo de Guzmán, entre libros que delataban su infinita curiosidad por las cosas y un frío antiguo que suele acompañar a los curas pobres, fue contando su vida al periodista y escritor Saúl Fernández a lo largo de nueve encuentros, entre el 12 de octubre de 2013 y el 24 de marzo de 2014. Aquellas entrevistas ocupan ocho horas largas de grabaciones y enhebran el relato biográfico de *Hecho y dicho*, libro que acaba de publicar la editorial Impronta y el lector agradece por el interés de todo lo que se dice en esas páginas; también por el tono ágil y sencillo, como si de una larga conversación se tratara, de cuanto se relata. El volumen resulta así una autobiografía oral, convenientemente transcrita, de un clérigo humanista al que debemos estudios fundamentales sobre la cerámica asturiana o el desciframiento del *bron*, la jerga gremial de los caldereros mirandinos. Y algo más, sin duda, porque al hilo de su lectura entendemos mejor cómo la Iglesia católica española, tan voluntariosa a la

hora de llevar a Franco bajo palio o de vigilar y reprimir cualquier atisbo de libertad durante la interminable dictadura del militar ferrolano, era capaz de mantener al mismo tiempo un estrecho contacto con el pueblo llano al nutrirse —practicantes de una astucia secular— de sacerdotes a pie de obra a los que guiaba un firme afán de servicio a su feligresía.

*Hecho y dicho* es la historia de la entrega perseverante de una persona, no sin dudas, a la misión para la que fue seleccionada cuando era tan solo un niño que soñaba con ser aviador y leía incansable, hasta memorizarlas, *Las aventuras de Pinín, que de Pinón ye sobrín*, el entrañable personaje creado por el dibujante Alfonso Iglesias en 1943. Las vicisitudes de un crío de aldea bastante espabilado, nacido dos años antes del estallido de la Guerra Civil, al que una madre pía conduce al seminario bajo la intuición, suponemos, de que solo así podía rescatar a su vástago de las penurias de la azada y el terrón. En este sentido, no son muchos los sacerdotes que han relatado, con la sinceridad que lo hace José Manuel Feito, fallecido el año pasado, su ingreso en la carrera religiosa como una forma de supervivencia social e intelectual en los años grises y opresivos de la larga posguerra española. No lo dice así, claro, pero se deduce de un relato limpio en el que, ateniéndose a episodios fundamentales de su trayectoria vital, nos explica cómo hasta la noche antes de su ordenación en la iglesia de San Juan de Oviedo preguntaba a su director si serviría para ser cura. Páginas conmovedoras,

## AMBICIÓN DEL ÚLTIMO MASES

**R**ebasados los noventa años, José Antonio Mases (Cabranes, Asturias, 1929) acaba de publicar *La Casa* (Trea), novela en la que ha estado ocupado durante el último lustro y en la que prosigue, con su característica prosa cuajada de matices y una notable habilidad para la construcción de personajes, las exploraciones metafóricas y metafísicas de *La Cordillera* (2016), su anterior narración. Las mayúsculas iniciales de los sustantivos de uno y otro título dan ya idea a los lectores de las intenciones alegóricas del escritor, quien logra de nuevo, sin quebrar ciertas convenciones realistas, una sostenida pesquisa sobre la vida y sus significaciones. Una manera de contar en la que han destacado tan ilustres cultivadores como Melville, Conrad o Kafka, por dar solo algunos nombres.

La «casa» que Mases levanta en esta obra surge de «un montón de sombras y silencios acomodados en el lugar llamado Sitio», otra palabra capitular que encontramos en muchas de las páginas de *La Cordillera* y que el narrador recupera en su nueva ficción. Parece el nítido señalamiento de que hay una buscada conexión entre ambas historias. Pero si *La Cordillera* era una novela de exteriores, en la que los personajes transita-

ban los parajes en busca del horizonte de unos deseos o sueños frustrados por la muerte, la de *La Casa* es una historia sobre ese espacio interior, doméstico, en el que transcurren buena parte de nuestras precarias existencias y en el que también imaginamos una posible e ilusoria felicidad. La condena de la expulsión de todo paraíso como una sombra judeocristiana en el trajín de nuestros días.

Y es que los sucesivos habitantes de esta edificación, entre enigmática y perturbadora, se ven obligados sin excepción a abandonarla por el cumplimiento de las cláusulas de un rígido contrato cuyos términos establece el inflexible apoderado. Un personaje que, como los dioses de las religiones y las mitologías, representa aquí al vigilante extremo de la inevitabilidad del ciclo que cumple toda existencia. Cuando lo considera conveniente, envía a esa «Casa» un especialista para tener siempre ajustado el enorme reloj de péndola, adornado con la locución latina *tempus fugit*. Este instrumento de exacto mecanismo estaba en su lugar, igual que un tótem, antes incluso de que se erigieran los muros de la vivienda y se colocaran los muchos espejos sin mácula que reflejan las estancias. Un reloj que «jamás abandona su misión de marcar los momentos de felicidad o desamor, celebración o infortunio», señala el narrador omnisciente de esta fábula sobre nuestra sustancia de seres provisionales, abocados sin remedio a la fragilidad de las certezas y al acabamiento. Porque, en efecto, el tiempo vuela, corre

## BOLADO, UN APUNTE CONTRA EL OLVIDO

**A**lgunos buenos poetas de publicación tardía les lleva tiempo ocupar su lugar en el sistema literario al que pertenecen. Este ha sido el caso de Xosé Bolado (Oviedo, 1945- Madrid, 2021), que firmó su primer libro en asturiano, *Conxura contra la decadencia* (Llibros del Pexe, 2002), con 57 años cumplidos, una edad en la que otros autores han dado ya a la estampa sus títulos fundamentales.

Recién estrenado el siglo, Bolado gozaba de un merecido prestigio como antólogo, estudioso, editor y director de *Lliteratura*, la revista de la Academia de la Llingua Asturiana, por no hablar del amplio reconocimiento a su sobresaliente trayectoria como activista cultural y político desde los tiempos de duro enfrentamiento al franquismo, de esforzada lucha por las libertades democráticas. Autoexigente, buen lector de distintas tradiciones líricas, perito siempre en las dudas con que convive quien se dedica a la escritura poética, publicaba aquel libro —un paso importante en su vida— bajo el signo de un doble convencimiento: el de la necesidad de expresar su ser más íntimo, profundo, y el de hacerlo en la «llingua acorralada», como él mismo dice en «Tarde oriental», el penúltimo de los textos de

*Conxura contra la decadencia*. Un volumen, por cierto, que no ha dejado de crecer en la estimación de sus lectores.

Bolado se había dado a conocer como poeta en castellano mucho antes, en abril de 1988, con *Línea imperceptible al temor*. Tampoco era ya un jovenzuelo: pasaba de los cuarenta años. Un libro que salió bajo el sello de Deva, una de las dos hermosas colecciones de poesía (la otra es Tiempo de cristal) que puso en marcha bajo los auspicios del Ateneo Obrero de Gijón, la centenaria entidad que llegó a presidir y en la que ejerció de editor sin atisbo de sectarismo. José Luis García Martín ha señalado con razón que Bolado fue el *gentleman* de la poesía asturiana, una referencia a su delicadeza y elegancia de trato, las mismas con las que impregnaba todo lo que emprendía.

*Línea imperceptible al temor* es un poemario aún dubitativo en varios de sus tramos, aunque en algunos de sus versos suenan ya los ecos de la poesía futura de su autor: «En la cristalera / flores azules de verónica». Incorpora una serie, «Árido signo», que reúne nueve composiciones caracterizadas por el despojamiento retórico, la supresión o difuminado de la anécdota y un patente hermetismo: «Cuando despierto del día, / tus índices de espinos // y la luna empañada / tras una puerta de cristales».

La poesía en castellano de Bolado se completa con *Nomade*, quince textos publicados por Taramela en 1992. La revista tinerfeña había acogido uno de esos

LUIS F. ROCES: EL ESCRITOR  
QUE AÚN SE ABRE PASO

El optimismo con que el escritor y crítico Dámaso Santos titulaba en 1977 su prólogo a *El buscador*, obra ganadora del Premio Novelas y Cuentos de aquel año, nunca se cumplió del todo: «Fernández Rocés llega, por fin, al público». El narrador y poeta asturiano, uno de los más eminentes cuentistas de su generación, fallecía en Gijón el pasado 25 de agosto, a los 88 años, con una cierta aureola provincial de extraordinario orfebre de las palabras y un fiel puñado de admiradores. Pero, contra lo que apuntaba aquella previsión de casi medio siglo antes, sin tener muchos lectores más allá de los círculos de letraheridos del Principado. Y sin asiento en las historias de la literatura española. A veces pasan estas cosas, incluso entre los ganadores de galardones prestigiosos. La excelencia no siempre se impone.

Y es que los consensos por los que un autor entra o sale del canon son una cuestión tan ardua como la de la alta política. Lo primero es que te alaben críticos y estudiosos, claro, sobre todo los de ciertos suplementos literarios de difusión nacional y algunos reputados profesores universitarios. También suma, por lo visto, el

## UNA NOTA SOBRE JOSÉ LUIS PIQUERO

Cinco libros que reúnen algo menos de ciento cincuenta poemas escritos a lo largo de las últimas tres décadas y media. Un dato que da idea de una exigente tarea que pasa por no hacer concesiones a la repetición formularia y a las mañas del oficio. José Luis Piquero (Mieres, Asturias, 1967) es autor de una breve e intensa obra que está regida por la verdad y la precisión. Su escritura es siempre el resultado de la destilación vital de una voz (el inadaptado, el raro, el díscolo, el disidente, el inobediente, el discorde, el heterodoxo, el conflictivo, el dañado...) que se autoanaliza y nos analiza sin paliativos. Y con la contundente lucidez que muestran, en ocasiones, algunos adolescentes intuitivos, perspicuos, amargos. Porque, en efecto, «estamos siempre solos y no somos felices», según su «Oración de Caín».

Un puñado de textos que aseguran a Piquero, que es además excelente traductor, un lugar destacado entre los mejores autores de su generación. Así lo justifican la potencia existencial y moral de los asuntos que trata y la áspera belleza de unas formalizaciones verbales que ensanchan, mediante la torcedura expresionista y técnicas como las del monólogo dramático o la del biográfi-

## JULIO RAMOS, CANCIONES COMO REGALOS

A Julio Ramos no le gustaba pararse mucho tiempo en la visitación del pasado, esa construcción del tiempo que nos ata a lo que fuimos o a lo que imaginamos que éramos. Veía en ese ejercicio de la memoria una trampa para añorantes y melancólicos, el vano intento de construir una imagen fija con la complejidad de la existencia. Detectaba ahí, en la complacencia con las formas del pretérito, un anquilosamiento. Vitalista, irónico y bienhumorado, solidario y con el oído agudo de los que nacieron con el don de la música, prefería el pentagrama por hacer de cada nuevo día, la celebración de las horas, el estribillo del instante, los proyectos. El momento y su sinfonía.

Por eso quizá hablaba poco de sus éxitos de los años sesenta y setenta, cuando tocó la fama en aquellos festivales mediterráneos y mesetarios donde ganaba premios y competía con artistas como Julio Iglesias, que iniciaba su ascenso hacia el estrellato mundial. Si insistías en que te contara cosas de entonces, cuando le abrían escenario y micrófono por ser una de las más sólidas promesas de la canción de autor en España, él prefería entonar el tema con el que se alzó, en 1976,

con el Primer Festival de la Paz de Valladolid: «Mañana, cuando yo muera, / no me vengáis a llorar, / nunca estaré bajo tierra, / soy viento de libertad».

Y siempre así. Porque Julio Ramos tenía un repertorio asombroso en el que sumaba, a sus propias composiciones, los deslumbrantes cancioneros ajenos con los que trazaba un autorretrato sentimental y político: tangos y tonadas, boleros y fados, el rock y la bossa, el flamenco y la canción francesa. Lo mejor de lo bueno. Y con el conocimiento de quien ha escuchado y aqumlatado mucho. Hace un año, más o menos, me envió un correo en el que listaba, en una especie de décima, a algunos de los dioses de su heterogéneo olimpo: de la Callas a El Presi, pasando por Gardel, Sinatra, Édhit Piaf, Brel, Camarón, Amália Rodrigues, Lennon, Janis Joplin, Caetano Veloso o Serrat.

Durante las transiciones de la Transición y ya como Xulio Ramos, cansado de las bambollas festivaleras y de los navajeos de las compañías discográficas, se convirtió en uno de los bardos del Nuevu Canciu Astur, la réplica a este lado del Payares de la Nova Cançó. Toda aquella inquietud musical y política, social y asturianista, cuajó en dos discos posteriores que aún nos gustan por la ambición del intento y las cualidades vocales de quien nunca dejó de cantar muy bien. Me refiero a *Esparabanes* y a *Solar d'amor y arume verde*, un homenaje a Andrés Solar, el prematuramente fallecido escritor de Deva.

Ni los bares ni el mucho tabaco rubio que fumó

# ÍNDICE



|                                                                         |     |
|-------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>No todo está perdido</i> . . . . .                                   | 7   |
| Ángel González: compromiso y personaje . . . . .                        | 11  |
| La pasión renacentista de Chus Quirós . . . . .                         | 16  |
| Antón García en la tribu de las palabras perdidas . . . . .             | 18  |
| Basilio Fernández, poeta póstumo . . . . .                              | 27  |
| La voz arañada de Vicente García . . . . .                              | 34  |
| Mariano Antolín Rato: Lobo viejo frente<br>a una percha vacía. . . . .  | 39  |
| Bajo los focos, desde las sombras . . . . .                             | 43  |
| Miguel Rojo: Casualidades y causalidades . . . . .                      | 46  |
| Las imágenes necesarias . . . . .                                       | 52  |
| Fernando Beltrán: El poeta entrometido<br>y algunas cosas más . . . . . | 55  |
| Una afirmación de vida . . . . .                                        | 60  |
| Jesús del Campo: Pasajes de Berlín . . . . .                            | 64  |
| Aquel asalto al paraíso . . . . .                                       | 68  |
| Los reinos de Fulgencio Argüelles . . . . .                             | 73  |
| Algunos secretos de García Martín . . . . .                             | 77  |
| Una presentación de Luis Arias Argüelles-Meres . . . . .                | 83  |
| César Rendueles: La ideología de internet. . . . .                      | 88  |
| La mirada moral de Menéndez Salmón. . . . .                             | 93  |
| La angustia del hijo . . . . .                                          | 97  |
| Las flores de Esther Muntañola. . . . .                                 | 103 |
| Maxi Rodríguez: El teatrero total . . . . .                             | 109 |

|                                                                    |     |
|--------------------------------------------------------------------|-----|
| Orlando Pelayo: Un sentimiento español. . . . .                    | 114 |
| Cambio de guardia en la poesía asturiana:                          |     |
| <i>La prueba del once</i> . . . . .                                | 119 |
| La nueva poesía asturiana (en castellano): <i>Siete mundos</i> . . | 124 |
| Bousoño y la casa de la incertidumbre . . . . .                    | 130 |
| Juan Ignacio González, cuando enero . . . . .                      | 135 |
| Paco Abril y sus mitos asturianos. . . . .                         | 144 |
| Alejandro Mieres: El artista y Shangri-La. . . . .                 | 149 |
| César Iglesias: El duelo y la nieve . . . . .                      | 153 |
| Palabras penitentes . . . . .                                      | 157 |
| Gran angular de Rubio Camín. . . . .                               | 162 |
| Miguel Barrero: El Camino Primitivo por un novelista. . .          | 168 |
| Las palabras pintadas de Cellino . . . . .                         | 172 |
| Fenómenos y figuras de Pelayo Fueyo . . . . .                      | 175 |
| Antón Menchaca: La otra asturianada. . . . .                       | 178 |
| Gregorio Morán y la historia del PCE . . . . .                     | 181 |
| Una entretenida miscelánea de Francisco G. Orejas . . . .          | 186 |
| Xuan Bello y el asturiano de Dante . . . . .                       | 190 |
| El vuelo consciente de Marisa Valle Roso . . . . .                 | 194 |
| El regreso de José Avello . . . . .                                | 198 |
| Una digna recuperación de <i>El Pelayo</i> . . . . .               | 202 |
| Xuan Xosé Sánchez Vicente: El poeta que sobrevivió                 |     |
| a la política . . . . .                                            | 207 |
| Un mundo que se acaba: Las fotos mineras                           |     |
| de Urdangaray y Jiménez . . . . .                                  | 212 |
| Pedro de Silva y el comedor de pipas. . . . .                      | 217 |
| El ojo de Mortiner: Días y cosas de Gijón. . . . .                 | 222 |
| Maduración de Ángeles Carbajal. . . . .                            | 225 |
| Álvarez Velasco en la vela de los días . . . . .                   | 230 |

|                                                                     |     |
|---------------------------------------------------------------------|-----|
| La contienda fílmica de Bande. . . . .                              | 235 |
| Maestría de Diamantina. . . . .                                     | 240 |
| La antología de Munárriz: <i>Los últimos del siglo XX</i> . . . . . | 240 |
| Un lugar para José Carlos Díaz . . . . .                            | 247 |
| Vida del cura de Miranda. . . . .                                   | 250 |
| Ambición de Mases . . . . .                                         | 257 |
| Jaime Santirso: Crónica ejemplar de la última peste . . . . .       | 262 |
| Bolado: Un apunte contra el olvido . . . . .                        | 268 |
| García de Marina: Transmutaciones. . . . .                          | 284 |
| Luis F. Roces: El escritor que aún se abre paso . . . . .           | 287 |
| David González: Una voz clamorosa . . . . .                         | 295 |
| Rodrigo Olay: <i>Quizá yo</i> . . . . .                             | 298 |
| Una nota sobre José Luis Piquero . . . . .                          | 302 |
| Julio Ramos: Canciones como regalos . . . . .                       | 304 |